

El cuervo dorado



Neja Sakavic

AVISOS PRINCIPALES DE CONTENIDO

Abuso físico y psicológico, referencias a agresiones sexuales pasadas, referencias a restricción de la alimentación, conductas de intimidación y acoso, violencia motivada por odio, trastorno de estrés post-traumático, pensamiento autolítico, autolesiones, muerte y suicidio de personajes secundarios.

El cuervo dorado

(The Golden Raven)



ALL FOR THE GAME (5)

TRADUCCIÓN DE

LOURDES UREÑA PÉREZ

Noia Sakavic

Kakao  books



Primera edición: Julio de 2026

Título original: *The Golden Raven*

© 2025 Nora Sakavic

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2026

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Xènia Ferrer

Traducción: Lourdes Ureña Pérez

Correcciones: Ángel Belmonte Rodes

Maquetación: Scarlett de Pablo

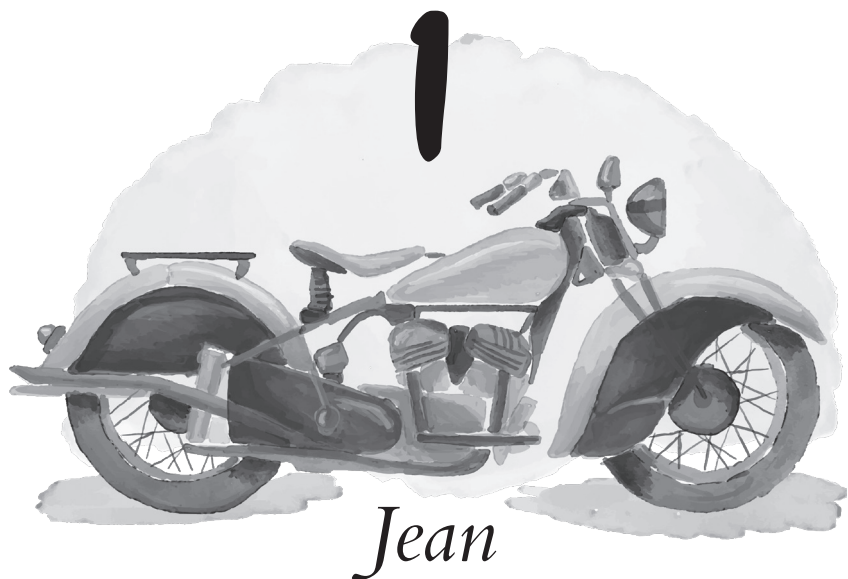
Impreso en la UE.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de
Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo
Andújar Rojo.

ISBN: 979-13-990569-4-5

Depósito legal: BU 235-2026

Thema: YF



El entrenamiento del viernes empezó con una breve reunión. Conforme los Troyanos iban llegando, les fueron indicando que se dirigieran a las distintas salas de reuniones.

—Sentaos donde haya sitio. —Fue lo único que les dijeron, pero la mayoría se dividieron por costumbre de acuerdo a su posición en la cancha.

Para sorpresa de nadie, la delantera Ananya Deshmukh había dejado su puesto habitual para sentarse con Cody Winter y su prometido Patrick Toppings, que formaban parte de la defensa. Levantó la vista cuando se abrió la puerta para ver quién acababa de llegar y se quedó con la boca abierta al encontrarse con el rostro magullado de Jean Moreau.

—Madre de Dios —dijo, tan alto que provocó que todo el mundo se girara hacia él.

Catalina Álvarez le dio un golpe en el hombro, pero a Jean le daba igual que lo miraran. Se había pasado la mayor parte de su carrera con los Cuervos sangrando y cubierto de moratones. Sus antiguos compañeros no perdían la oportunidad de burlarse

de él y menos aún de aprovecharse de sus lesiones sobre la cancha, pero tenían el sentido común de no hacer preguntas. La mayoría daban por hecho que sus heridas eran la consecuencia de haber disgustado al amo, sobre todo dado que los miembros de la Selección Ideal tenían entrenamientos privados a diario. Jean no sabía si lo creían de verdad o si simplemente se negaban a pensar mal de su adorado capitán.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha atropellado un coche o algo en las doce horas que no nos hemos visto? —dijo Pat.

Las preguntas estúpidas merecían respuestas estúpidas, así que Jean contestó:

—Sí.

—Estoy seguro de que hablaremos del tema —dijo Jeremy Knox.

Había entrado en la sala antes que Jean, pero se había girado para observar su expresión distante. No añadió nada más, pero Jean leyó la pregunta en sus ojos. No perdió el tiempo respondiendo, sino que dio un paso hacia él y echó un vistazo al resto de los presentes. Lucas Johnson y sus amigos aún no habían llegado, pero parecía que el resto de la línea defensiva estaba presente.

La sala contaba con cinco filas con cinco sillas cada una y una mesa al frente para el entrenador Jiménez. Los jugadores de segundo año William Foster y Jesús Rivera estaban colocados en primera fila junto a los novatos llenos de entusiasmo, aunque ahora todos se habían girado para mirar a Jean. El grupo de Cody se había apropiado de la segunda fila y Shawn Anderson, de quinto curso, estaba sentado en la cuarta junto a Shane Reed. Aquellos dos aún no habían dicho nada, pero no apartaron la vista. Que Jean estuviera herido solo beneficiaba a uno de ellos, el jugador a quien pretendía arrebatarle el puesto aquella temporada, por lo que Jean no se molestó en devolverles la mirada.

Jeremy guio a Jean y a Cat hasta la tercera fila y se sentó detrás de Ananya. Cat le tocó la cabeza rapada a Cody con cariño

y tomó asiento justo detrás, pero él estaba demasiado ocupado observando a Jean como para devolverle el saludo. Los tres acababan de sentarse cuando llegó Laila Dermott, que se había pasado por el vestuario para guardar el almuerzo. Se sentó al lado de Cat y dijo:

—Lucas está aquí.

La advertencia llegó apenas un segundo antes de que Lucas entrara en la sala y el ambiente cambió por completo en cuanto lo hizo. Shane se puso en pie de inmediato, alarmado.

—Joder, Lucas.

El tiempo desde la visita de Grayson les había sentado mal a ambos: la piel enrojecida había florecido con moratones de un color intenso que cubrían gran parte de la superficie de sus rostros. Lucas tenía ambos ojos morados gracias a la nariz rota y en la cara de Jean se apreciaban largos arañazos, cortesía de las uñas de Grayson. Mientras que Jean solo se había puesto un apósito para cubrir las marcas de dientes que tenía en la garganta y en la muñeca, Lucas no se había molestado en cubrir nada.

—Tenéis que parar —dijo Shane mientras los miraba a ambos—. Que sois compañeros, joder.

—Shane —empezó Jeremy, pero Lucas se le adelantó:

—No hemos sido nosotros —dijo mientras caminaba junto a Travis Jordan y Haoyu Liu hasta la cuarta fila. Dado que Shane y Shawn ya estaban allí, Lucas se vio obligado a ocupar el asiento justo detrás de Jean. A este no le apetecía girarse para vigilarlo, así que se cruzó de brazos y se quedó mirando al frente. Lucas se detuvo a sus espaldas, pero no se sentó hasta haberse corregido—: Él no tuvo nada que ver. Es culpa mía.

—¿Qué significa eso? —preguntó Shane—. ¿Jeremy? ¿Jean? Jeremy aún tenía un ojo puesto en la puerta.

—El entrenador —dijo.

Eduardo Jiménez entró en la sala con Jackie Lisinski pisándole los talones. Dado que James Rhemann y Michael White estaban ausentes, Jean supuso que estarían haciéndose cargo de

la otra sala. El rostro de Lisinski presagiaba tormenta, mientras que Jiménez era más difícil de escrudiñar. El entrenador de la línea defensiva hizo un recuento rápido antes de golpear su carpeta con la palma de la mano.

—Buenos días —dijo—. Tenemos que informaros de un par de cosas y después os dejaremos que sigáis con vuestra rutina. Lo primero: Lucas y Jean tendrán que llevar camisetas de no contacto hasta nuevo aviso y no van a participar en el entrenamiento de hoy.

Cat le puso una mano en la rodilla en un gesto que pretendía consolarlo, pero Jean lo sintió como una advertencia. Por un instante tuvo la esperanza de que los entrenadores no se hubieran percatado de su reacción, pero no hubo suerte. Jiménez lo miró a los ojos mientras hablaba:

—Haremos una valoración de vuestro progreso diario y levantaremos las precauciones cuando ya no haya riesgo. No es negociable.

Jean no podía protestar, así que se mordió la mejilla por dentro hasta hacerse sangre y pensó: «No». Se había pasado toda la semana con aquella estúpida camiseta como si fuera una soga al cuello. Hoy debería haber sido su último día con restricciones. En vez de eso, había retrocedido aún más y lo habían sacado de la cancha.

—Si no tenéis este número guardado en el móvil, ahora es el momento —dijo Lisinski antes de girarse para escribir en la pizarra. Subrayó el número de teléfono dos veces, le puso la capucha al rotulador y golpeó la pizarra con los nudillos mientras repasaba la sala con la mirada—. Es el número del equipo de seguridad del campus. Veréis que tendremos una escolta en el Lyon y que habrá una mayor presencia en la zona durante el almuerzo.

Jiménez abrió la carpeta y sacó un folio con una imagen a todo color del rostro de Grayson Johnson. El primer plano y el fondo oscuro sugería que la habían sacado de la web de los Cuervos. Incluso en foto, Grayson emanaba malicia, y Jean tuvo que apartar la vista de su mirada penetrante.

—Si veis a este hombre en el campus, llamad al equipo de seguridad de inmediato y después a nosotros —dijo Jiménez—. Me da igual si os pide indicaciones o si lo veis atándose los cordones en una esquina. Si tenéis la más mínima sospecha de que podría ser él, llamad a este número. ¿Entendido?

—Un momento —dijo Ananya. Se inclinó hacia delante para ver bien la foto. Titubeó un poco, pero Jean vio cómo iba atando cabos conforme hacía memoria—: Me suena su cara. Es un Cuervo. Es... Oh. —Se volvió hacia Lucas. Los dos hermanos se llevaban un par de años y Grayson era más corpulento y estaba más lleno de ira que Lucas, pero aun así se parecían mucho—. Es tu hermano, ¿no? ¿Gray?

—Grayson. —Lucas asintió, derrotado—. Ayer vino a Los Ángeles en busca de Jean. Dijo que solo quería hablar con él, pero... —Tragó saliva con tanto esfuerzo que Jean lo oyó. Sorprendentemente, Lucas tuvo la sensatez de reducir el ataque de Grayson a la verdad más diluida—: Intentó matar a Jean.

—Parece que intentó mataros a los dos —dijo Shawn.

—Yo le daba igual. Solo le cabreó que me entrometiera, pero no pude hacer nada para detenerlo. Si la entrenadora no hubiera aparecido... —No pudo acabar la frase.

A Jean no le interesaba volver a tener aquella conversación tan pronto, pero el horror que desprendía la voz de Lucas hizo que se llevara la mano a las vendas.

—Claro que no pudiste hacer nada —dijo, tan irritado que Jeremy hizo una mueca—. El único capaz de hacer frente a Grayson en una pelea es...

La respuesta se le atragantó de repente, afilada e irreconocible a la luz del ataque del día anterior. Sentía que se haría trizas la lengua si lo decía, pero el nombre le retumbó en los oídos por encima del estruendo de su pulso. *Zane*.

Zane Reacher, que había prometido protegerlo de Grayson y que había luchado con uñas y dientes durante años para asegurarse de quedar por encima en los momentos clave. Zane, que

había deseado ser parte de la Selección Ideal con tanto ahínco que Jean no pudo evitar fiarse de él. Zane, que podría haber echado a Grayson de su dormitorio en cualquier momento una vez Jean hubo aprendido la lección, pero que en lugar de eso se dio la vuelta y les dijo que no hicieran ruido.

Por un instante Jean estuvo allí, meses atrás, de rodillas y suplicando. Se oyó a sí mismo con la voz rota, rogándole a Riko que marcara a Zane con el número; sintió los dedos resbaladizos por la sangre mientras aferraba la muñeca de Riko. Nunca olvidaría la expresión de su rostro: gélida y divertida por la humillación espontánea de Jean, que se convirtió en una malicia mortal en cuanto Riko se dio cuenta de que le daba más miedo la alianza entre ellos dos que cualquier castigo que él pudiera infligirle. Debería haberle dado una paliza por olvidar quién era su rey. En su lugar, lo obligó a mirar mientras hacía que Zane y Grayson se volvieran el uno contra el otro.

Se le revolió el estómago, la boca ardiendo al tragar una oleada de bilis. Jean se arañó el antebrazo para centrarse. Jeremy lo agarró de la muñeca para detenerlo y él clavó la mirada en la pared del fondo. La pintura clara con su diseño colorido era tan radicalmente diferente al Nido que le recordó que estaba todo lo lejos de Virginia Occidental como era posible. Riko estaba muerto. Zane se había graduado. Y Grayson se marcharía de California al día siguiente para empezar los entrenamientos de verano de los Cuervos.

En la sala había un incómodo silencio, pero Jiménez lo rompió:

—Si alguien lo ve, no os acerquéis a él bajo ninguna circunstancia. ¿Entendido? ¿Alguna pregunta? Bien. Muchas gracias. Entonces os dejo con Lisinski. ¿Entrenadora?

—Vamos al lío —dijo y dio una palmada—. Os quiero a todos vestidos y listos para salir a correr en cinco minutos.

La reunión en la sala de al lado había acabado antes, dado que la conversación había ido directamente al grano. Varios pares de ojos siguieron a Lucas y a Jean mientras iban hacia sus

taquillas. El revuelo dicharachero de cada mañana había desaparecido, y en su lugar se instaló un silencio pesado y taciturno que Jean sintió como un peso familiar sobre los huesos.

Hicieron la vuelta de calentamiento alrededor del campus en un mutismo inquietante y Lisinski los dividió en sus grupos habituales al llegar al Lyon. La entrenadora iba pasando de grupo en grupo para supervisar el progreso de cada uno y presionar más al que lo necesitara, y a Jean no le sorprendió que fuera directa a por el pequeño equipo encabezado por Xavier. La excusa de empezar por los de primero era absurdamente transparente, ya que no tardó en acercarse a Jean.

Lo observó con atención mientras Jean hacía una repetición de press de hombro para comprobar si se movía con fluidez. Jean sintió una punzada en la muñeca casi de inmediato, pero el dolor y él eran viejos amigos, lo que le permitía distinguir que aquello no era más que una molestia superficial. Mantuvo una expresión neutra y se aseguró de no mirar a la entrenadora hasta que esta pasó por fin al siguiente grupo. Esperó a que se hubiera alejado antes de apretarse la muñeca con el pulgar.

Fue solo un instante de debilidad, pero bastó para que Xavier acudiera a su lado.

—Toma.

Jean tomó el bote que le tendía, pero se tensó en cuanto vio la etiqueta.

—¿Quién te ha dado permiso para tener esto?

Xavier no contestó de inmediato ni hizo amago de recuperar el bote cuando Jean se lo tendió. Lisinski estaba de espaldas, pero el más mínimo movimiento podía hacer que los descubriera. Se iba a armar una buena si descubría que Xavier llevaba medicamentos encima y Jean no quería recibir una paliza por algo con lo que no tenía nada que ver. Dado que Xavier se negaba a aceptar el bote, Jean se inclinó para esconderlo detrás de la máquina. Retomó la serie que había estado haciendo, pero Xavier no se marchó.

—Amigo —dijo Xavier—, es solo ibuprofeno.

—Sé leer —respondió Jean.

Xavier no se inmutó.

—¿Y sabes lo que es? —Levantó las manos para aplacarlo ante la mirada fulminante que le lanzó Jean. El gesto no obtuvo el resultado que Xavier esperaba, quizás porque parecía estar a punto de partirse de risa—. Nunca había visto a nadie reaccionar así. ¿Es una sustancia regulada en Virginia o algo?

Lo dijo como si fuera una broma sin importancia, pero Jean pensó en el formulario colgado en la puerta del despacho de Josiah Small en el Evermore. Si alguien quería algún medicamento no relacionado con tratar una lesión de manera inmediata, tenía que pedirlo por escrito y Josiah solo lo aprobaba cuando se sentía generoso. El ibuprofeno era lo que más repartía, aunque no solía servir para mucho. Jean sabía que tenía pastillas más fuertes, pero esas estaban reservadas para el propio Riko. Suponía que no salía rentable mimar demasiado al resto del equipo dado que las lesiones eran el pan de cada día entre los Cuervos. Desde luego no merecía la pena malgastar medicamentos con Jean.

Le vinieron a la mente las pastillas que Abby Winfield le había dado en Carolina del Sur. El nombre era demasiado largo y complejo como para recordarlo, pero lo que Jean no olvidaba era cómo lo habían arropado hasta la inconsciencia. No quería pensar en la facilidad con la que Abby se las administraba a alguien que ni siquiera era problema suyo y que jamás le había dado las gracias.

Una punzada en el pecho le advirtió de que no siguiera tirando de aquel hilo hasta llegar de nuevo a los Cuervos. Preguntarse por qué era demasiado peligroso, sobre todo en lo que se refería al Edgar Allan.

—Era broma —dijo Xavier cuando vio que el silencio se prolongaba. Había dejado de sonreír y Jean evitó mirarlo a los ojos mientras lo observaba. Al cabo de un segundo, Xavier guardó el bote y le hizo un gesto para que lo siguiera—. Mira.

Emma, Mads. —Las novatas dejaron de charlar y lo miraron al oír sus nombres—. ¿Tenéis ibuprofeno?

—Lo siento, me lo he dejado en la taquilla —dijo Emma Swift, pero Madeline Hill se puso enseguida a rebuscar en su bolsa. Sacó un bote más alargado que el de Xavier, pero Jean vio que los colores eran los mismos incluso a tres máquinas de distancia. Lo lanzó y Xavier fingió leer el prospecto.

—Gracias. —Le devolvió el botecito—. No me acordaba de si era cada cuatro o cada seis horas.

—No hay de qué —dijo Mads antes de volver a guardarlo.

Xavier enarcó una ceja en dirección a Jean con una pregunta muda («¿lo ves?») que no logró acallar su inquietud. Entonces le hizo un gesto con la barbilla.

—Ven conmigo un momento —dijo.

Jean no tenía derecho a negarse. Atrajeron algunas miradas mientras cruzaban la sala, pero llegaron hasta las fuentes de agua sin que nadie se interpusiera en su camino. Xavier dio un trago y luego volvió a tenderle las pastillas.

—Toma —dijo—. Quédatelas. Luego me compro más.

Jean no pudo contenerse.

—Así, sin más —dijo, y las palabras sonaron frágiles incluso a sus propios oídos. Era demasiado tarde para desdecirse y la expresión de Xavier indicaba que no iba a dejarlo pasar—. Compras más como si fuera algo insignificante.

—Es que es algo insignificante. Es un medicamento sin receta. Cuesta un par de dólares en la farmacia. ¿Por qué iba a extrañarle a nadie que lo tenga a mano? —Al parecer era una pregunta retórica, porque no esperó a que respondiera—. Sinceramente, me preocupa un poco que te afecte tanto. ¿Qué coño te dieron cuando te hiciste el esguince en el LCL?

Jean se tiró de las vendas. Se miró los antebrazos desnudos, pero ya no había rastro de las rozaduras y los moratones inculminatorios. Solo quedaban las líneas rojas que se había hecho esa mañana. Si fuera cualquier otra persona, podría ignorar la

pregunta para que le dejaran en paz, pero Xavier era el subcapitán. Se planteó mentir, pero el único medicamento que se le ocurría era el mismo que él había desestimado como si nada. La verdad era demasiado horrible, pero quizás el horror consiguiera que Xavier dejara de meterse en sus asuntos.

—Nada —dijo por fin.

Xavier se quedó pasmado.

—¿Perdona?

—No era problema suyo —explicó Jean.

En lo que dura un parpadeo, Jean estuvo de vuelta en la habitación oscura de Riko, con la garganta llena de sangre y luchando por respirar. Se llevó una mano a la cabeza en busca de los trasquilones que seguía teniendo en el pelo. Incluso ahora, la mayor parte de aquella noche estaba envuelta en una horrible neblina que se negaba a analizar. No recordaba que Riko hubiera parado o que se marchara y lo dejara atrás, sangrando y destrozado. Puede que se hubiera dado cuenta de que iba a matar a Jean si no se iba o puede que mirara el reloj y viera que era hora de salir a la cancha. Daba igual cuál fuera la razón. Tenía que darle igual.

Sintió el repentino impulso de tirarle la medicación a Xavier de un manotazo y tuvo que clavarse las uñas en el brazo para no hacerlo. Salió de sus recuerdos a rastras y dijo:

—Estuve en Carolina del Sur mientras me recuperaba. Tratar las lesiones era responsabilidad de los Zorros. Tendrás que preguntarle a su enfermera si tanto te interesa saber qué me dieron.

—Los Zorros me dan igual. Te lesionaste en Virginia. No me digas que viajaste desde la Edgar Allan hasta la Estatal de Palmetto sin medicarte. Jean. —La desesperación empezó a teñir su voz cuando Jean clavó la mirada en la pared del fondo—. Dime que lo he entendido mal.

—Tengo que terminar mis series. —Fue lo que dijo Jean—. ¿Hemos acabado?

—No —dijo Xavier, incrédulo—. ¿Dónde está tu rabia?

Ya le había preguntado algo parecido el lunes e incluso lo había llamado dócil. Jean hizo una mueca de disgusto.

—¿Por qué iba a enfadarme? Soy Jean Moreau. Soy parte de la Selección Ideal. Los Cuervos conocemos el precio de la excelencia y a nosotros no nos da miedo pagarlo.

—Nosotros —dijo Xavier con un gesto cortante— somos Troyanos. No vuelvas a incluirte en los Cuervos jamás, ¿entendido? Ellos no te merecen.

—Tampoco un equipo incapaz de ganar el campeonato.

Xavier apretó la mandíbula para contener todo lo que quería decir.

—Mira —dijo al final. Jean se giró para mirarlo, pero él tardó un momento en hablar—. No quieres que me meta en tus asuntos, lo entiendo, pero escúchame cuando te digo que, si tú sufres, nosotros sufrimos. Si no nos dejas ayudarte, necesitamos saber que te estás cuidando. ¿De acuerdo?

No eran las mismas palabras, pero se parecía lo bastante a «tus fracasos son nuestros fracasos» para hacerlo titubear.

—Vale.

—Si no quieres aceptar mis pastillas, al menos ve a que el equipo médico te dé algo cuando volvamos al estadio. —Xavier le dio una última oportunidad para aceptar el bote antes de guardarlo—. Estamos muy cerca de tenerte al cien por cien. No permitas que la imprudencia te devuelva al banquillo.

—No soy imprudente.

—Estoy confiando en ti. No hagas que me arrepienta.

Xavier lo dejó a su aire el resto de la sesión, pero Jean se percató de que la sonrisa no terminaba de encajarle en el rostro mientras charlaba con los novatos más entusiastas. Mientras no se interpusiera en su camino, él estaba dispuesto a hacer lo mismo, pero le resultó casi imposible sacarse la conversación y los recuerdos de la cabeza.

La pregunta desesperada de Xavier («¿dónde está tu rabia?») se entremezclaba con el susurro de Jeremy del pasado mayo

(«no te enfurecen las cosas que de verdad importan»). Con qué facilidad hablaba de furia aquel equipo que se negaba a luchar. Qué hipócritas. Qué agotador. ¿Qué sabían aquellos críos sin preocupaciones de la ira?

También le irritaba lo mucho que le estaba costando concentrarse. Se había pasado años enterrando muy hondo los horrores del Evermore: metía lo que podía en una caja e ignoraba lo que no a la fuerza. Después de tanto tiempo siendo compañero de Grayson no debería seguir tan afectado. Ya había pasado un día entero. Pero incluso mientras se balanceaba entre recuerdos sangrientos, sabía que no había forma fácil de salir de allí. Si dejaba de pensar en Grayson, tendría que pensar en la otra visita de ayer, y aquel era un camino que se negaba a tomar. Era demasiado: el duelo y el horror amenazaban con partirle por la mitad.

Por fin dieron por terminada la sesión de gimnasio matutina. Los Troyanos regresaron al estadio corriendo para darse una ducha rápida antes de que Lisinski los mandara a almorzar. Como de costumbre, Jean terminó el primero y se sentó en el banco frente a la taquilla de Jeremy a esperar. Craso error, dado que la mayoría de los delanteros habían estado en la otra sala durante la reunión de primera hora. Solo los más jóvenes habían visto a Jean en el gimnasio. Los otros cinco lo estaban viendo de cerca por primera vez.

Derek Thompson, que se había presentado como «D grande» el lunes ante los novatos, fue el primero en llegar. Se pasó un cepillo por los rizos mientras observaba a Jean.

—No tienes buena pinta —dijo justo cuando Derrick Allen se unió a ellos. Derek le hizo un gesto a su compañero para captar su atención sin dejar de hablar con Jean—. ¿Es cierto que no puedes entrenar hoy?

—Sí.

—Por suerte para ti. A ver si le pillas por fin el truco a enfrentarte a él —bromeó Derrick, irremediablemente positivo—. Verás cómo la semana que viene te pega una paliza.

Jean esperaba que Derek contestara con bravuconería, pero en su lugar dijo:

—Es probable. Preferiría que lo hiciera hoy. —Derrick también pareció sorprendido, pero Derek señaló a Jean con el cepillo antes de guardarlo en su taquilla—. Míralo. Está tan irascible que me lo está contagiando.

—Menudo palabro —dijo Ashton Cox al pasar por su lado camino de su taquilla.

—¿A que soy demasiado inteligente para juntarme con esta panda? —Derek se tocó la sien con un dedo—. Solo digo que estampar a alguien contra la pared de la cancha sería la solución para todos sus problemas. Y serviría de ensayo para cuando juguemos contra los Cresta Blanca.

—Tú solo quieres pelearte con alguien de tu tamaño —dijo Derrick, como si él no midiera uno ochenta—. Si consigues que la entrenadora L te dé permiso, yo me pido ser el siguiente.

—Yo también —dijo Nabil Mahmoud antes de preguntar—: ¿qué nos estamos pidiendo?

—Derek quiere ver al Jean salvaje —dijo Derrick.

Jeremy llegó justo para oír ese comentario, que hizo que se parara en seco.

—Preferiría que no fuéramos por ese camino —dijo, y miró a sus compañeros uno por uno—. Jean ha accedido a jugar a nuestra manera esta temporada. Pedirle que use la violencia de los Cuervos en los entrenamientos es injusto cuando en otoño vamos a exigirle que siga nuestras normas.

—No queremos interrumpir su progreso, capi —dijo Derek—, pero es que tiene la misma cara que pone mi hermano antes de cometer una estupidez.

—No soy estúpido —dijo Jean.

—No, no he dicho... —Derek titubeó antes de volverse hacia Jeremy—. ¿Cómo de bien habla nuestro idioma?

—Mejor de lo que tú hablas francés —dijo Jean, tan cortante que Derek alzó las manos para defenderse—. Lo bastante bien

como para decirte que los errores que has cometido en los entrenamientos de esta semana se deben a tus defectos y no a mi talento. Te has pasado tanto tiempo cediendo terreno como un buen Troyano que ya no sabes aguantar. No debería sorprenderte que tus oponentes te atropellen como si fueras un chucho callejero.

—Oye, oye. ¿Por qué estamos atropellando perros? —preguntó Timothy Eitzen, que acababa de aparecer junto a Jeremy.

Jean decidió que toda la línea ofensiva era una causa perdida. Se abrió paso entre ellos de vuelta a la zona de la defensa, pero ver a tantos compañeros juntos lo agotaba. Resultaba ridículo que un vestuario tan grande y luminoso pudiera ser más sofocante que el Nido, pero Jean se dio la vuelta y siguió andando. Fue de una sala de reuniones a otra, evitó el pasillo de los entrenadores y acabó en la consulta del equipo médico. Se apretó la muñeca con el pulgar en busca del dolor que había desaparecido antes de volver al estadio.

Durante el verano, los tres miembros del equipo médico de los Troyanos alternaban quién estaba de guardia: uno se quedaba en el estadio y los otros dos hacían turnos en el centro médico del campus. Hoy le tocaba el turno a Ashley Young. Jean no se había dado cuenta de que había una radio en la sala, pero Young estaba moviendo el tenedor al ritmo de la música mientras pasaba las páginas de unos documentos con una sola mano. Aunque Jean dio un paso atrás al darse cuenta de que estaba interrumpiendo su almuerzo, ella debió ver el movimiento por el rabillo del ojo.

—Adelante —dijo, y Jean se mentalizó para cruzar el umbral.

Ella terminó de leer la página antes de alzar la mirada y la sorpresa hizo que se quedara inmóvil durante un instante.

—Ah. —Apartó su almuerzo y apagó la radio—. Jean, me alegra que hayas venido. Ven conmigo.

Entraron en la misma sala donde Rhemann había llevado a Jean el día anterior y Young le examinó el rostro y la mandíbula. Tenía autoridad para arrancarle los vendajes sin miramientos,

pero en cambio posó las yemas de los dedos con cuidado sobre el esparadrapo y preguntó:

—¿Puedo?

—Eres mi enfermera —dijo Jean.

Lo despegó de un solo tirón y lo lanzó a la papelería que había cerca. Estudió la zona con detalle mientras Jean contemplaba el mismo cuadro que el día anterior. El picor del antiséptico no fue tan intenso como ayer y Young esperó hasta haber tapado las heridas antes de mirarlo a los ojos.

—¿Quieres hablar de ello?

—No hay nada de lo que hablar.

—¿No? —Young fue directa hacia las marcas de arañazos que le cubrían el brazo—. Esto no es una solución, Jean. No quiero volver a verte algo así.

Le dio un segundo para defenderse antes de ponerse manos a la obra con la muñeca. Jean dejó que comprobara el rango de movimiento con la esperanza de que una opinión positiva de su parte revocara la decisión de los entrenadores de sentarlo en el banquillo, pero la punzada de dolor que había sentido al levantar pesas aquella mañana reapareció de inmediato. Young tenía una expresión lúgubre en el rostro mientras trazaba las costras con los dedos. Grayson le había mordido con intención de romperle los huesos y se había acercado mucho a las venas delicadas de la muñeca.

—Tuviste mucha suerte —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento.

Le vendó la muñeca con eficacia y sacó una muñequera de un armario cercano. Jean intentó resistirse, pero se la colocó de todas formas. Cerró las tiras de velcro.

—Prueba —dijo, y ajustó un par de cosas mientras él movía los dedos y cerraba el puño—. Bien. ¿Tienes algo para la inflamación?

—Xavier me dijo que te lo pidiera a ti.

Ella asintió y rebuscó en un cajón.

—Empezaremos por esto. —Le puso un paquete con dos pastillas en la mano—. Ven a verme antes de irte. Si no te hace efecto, te daré algo más fuerte para que te lo llesves a casa y lo tomes durante el fin de semana. ¿Algo más con lo que necesites ayuda? —Esperó a que negara con la cabeza y se hizo a un lado—. Pues vete a comer. Nos vemos esta tarde.

Apenas había tardado diez minutos, pero el vestuario se había vaciado en su ausencia. Solo quedaban sus amigos y Xavier, que lo esperaban en la fila de los delanteros con la fiambrera a los pies de Cat. Oyó el tono alterado de Xavier aunque no pudiera captar sus palabras. Cuando este siguió la mirada de Jeremy hasta Jean, cerró la boca y se quedó congelado.

Al llegar hasta ellos, Xavier le habló a Jean con mucha educación:

—Buen trabajo en el gimnasio. —Y se marchó.

Jean esperó a que saliera del vestuario.

—Está enfadado conmigo.

—No —dijo Jeremy, y lo repitió con más énfasis al ver que Jean no parecía convencido—: No, te prometo que no es eso. Solo está preocupado. ¿Le dijiste que no te dieron nada para el LCL en el Edgar Allan?

—Me lo preguntó —dijo Jean.

—Con quien está enfadado es con ellos, y mucho —intervino Cat. Recogió la fiambrera y se puso en pie—. ¡Venga! Con el día que hace no podemos comer aquí encerrados. Vámonos de pícnic.

Más adelante, en la misma calle y enfrente del estadio de fútbol, había un museo con un jardín delantero. Un grupo de chiquillos se había apoderado de casi todo el espacio y corrían de un lado a otro bajo la mirada atenta de sus padres. Había mochilas y botellas desperdigadas por la acera cerca de unos adolescentes que estaban practicando con el monopatín. A pesar del caos, había hueco de sobra para ellos cuatro y Cat repartió el almuerzo en cuanto se sentaron.

Solo llevaban un par de bocados cuando el móvil de Jeremy emitió un ruido que Jean no había oído nunca y Cat silbó antes de asomarse por encima de su hombro.

—¿Es Bishop? —preguntó.

Jeremy la corrigió con tono distraído mientras leía los mensajes.

—Sheldon.

Laila estaba tirada en el césped al otro lado de Cat, pero se puso las gafas de sol en la frente para mirar a Jeremy con los ojos entrecerrados y llenos de reproche.

—Si no recuerdo mal, te dijo que borraras su número. ¿Por qué no lo hiciste? —Jeremy esbozó una sonrisa lenta y satisfecha que obligó a Jean a apartar la mirada. Laila resopló y volvió a colocarse las gafas de sol—. Déjalo, no quiero saberlo.

—¡Ay! —Cat dio una palmada—. ¿Ese no es el que la tiene enor...?

Laila le asestó un manotazo.

—¡Cat!

La susodicha puso los ojos en blanco, pero obedeció y cambió de tema:

—¿Nos las piramos?

—¿Pirarnos? —repitió Jean.

Cat se volvió hacia él con los ojos chispeantes de malicia.

—Ay, dilo otra vez, porfa.

Jean torció el gesto y Laila se apiadó de él.

—Significa marcharse.

—Salir por patas —añadió Cat, aunque su explicación fue mucho menos útil. Se apartó de Jeremy y alejó a una mosca de su almuerzo a medio comer con un manotazo—. Todavía no nos has dicho cuál es tu segundo idioma. ¿Alemán? ¿Español? Eh... ¿Italiano? —Hizo una mueca de concentración, pero se rindió enseguida—. Dame una pista, no sé nada del sistema educativo europeo.

—Es irrelevante. Me educaron en casa.

—Eso explica lo nefastas que son tus habilidades sociales —dijo Cat.

—Iba al equipo juvenil de exy —replicó, aunque era una verdad a medias.

La cancha de Campagne Pastré estaba a diez minutos de su casa en Sainte-Anne, una distancia en coche aceptable para su madre una vez hubo investigado a las familias del resto de los niños del equipo. Le prohibieron interactuar con sus compañeros fuera de los entrenamientos y los partidos y sabía que no debía hablar de nada que no fuera exy. Su madre lo dejó claro cuando mató a su primera capitana junto con toda su familia. Un accidente de barco, quizás; no lo recordaba con seguridad, pero sirvió para que aprendiera la lección.

Su único contacto con el mundo exterior aparte del equipo era la tutora de japonés que su madre contrató cuando cumplió ocho años. Cada tarde llegaba para darle clases y, aunque sabía que debía de haber un motivo oculto, nunca fue capaz de separar el idioma del deporte que adoraba. Tenía trece años cuando le permitieron empezar con el inglés. Jean odiaba aquellas clases, hasta que lo vendieron al Nido al año siguiente. No tuvo problema para comunicarse con Kevin y sus nuevos amos, pero aprender un nuevo idioma con los Cuervos fue una auténtica pesadilla.

—Estás evitando la pregunta —dijo Cat—. Otra vez.

—Nadie ha contestado a la primera. —Jean miró a Jeremy.

—¿Qué? Ah, no. No llega hasta el domingo. —Jeremy estaba guardando el teléfono cuando empezó a sonar. Echó un vistazo a la pantalla para ver quién era antes de llevárselo a la oreja—. Hola, entrenador. Sí, Jean está conmigo. Estábamos a punto de... —Jeremy se quedó quieto tan de repente que incluso Laila se incorporó para mirarlo, pero él no pareció percatarse. Escuchó durante un momento y luego les hizo un gesto al resto para que recogieran—. Sí, vale, vamos para allá ahora mismo. ¿Sabes...? Vale. De acuerdo.

Laila miró de un lado a otro en busca de la fiambarrera y se quedó congelada.

—Mierda —dijo—. Jeremy, tenemos un problema.

Jean se giró a medias para ver qué estaba mirando, pero la única novedad eran dos coches de policía con las luces encendidas. Al verlos llegar, los chavales que habían estado jugando en la carretera se pasaron al césped con los monopatines en las manos. En lugar de pasar de largo, los coches pararon junto a la acera. Cuatro agentes se bajaron al cabo de un momento y fueron directos hacia los Troyanos sin fijarse en los tensos adolescentes.

—Jean —dijo Jeremy con una urgencia inesperada. Jean lo miró, obediente, pero él estaba mirando a la policía.

La expresión cerrada del rostro de Jeremy le hacía parecer un extraño, pero se sobrepuso mientras se ponía en pie y se sacudía los pantalones.

—Se trata de Grayson.

Jean inspiró despacio con los dientes apretados.

—¿Está aquí?

—No —dijo Jeremy—. Está muerto.